

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

LOS DIAS CONTADOS

REFLEXIONES A LA HORA DE AFEITARSE

MAS o menos, en las zonas urbanas, es obligado que los varones no barbilampios se afeiten cada día. En todo caso, la obligación pesa sobre la mayor parte de la muchedumbre masculina. Las razones de esta rasura cotidiana no siempre se relacionan con la higiene, desde luego, aunque la higiene tenga bastante que ver en el asunto. En el fondo, la exigencia deriva de una convención social relativamente apretada: para ir a la oficina, para actuar ante un tribunal, para colocarse tras el mostrador de un bar o de una tienda de tejidos, para conseguir pólizas de seguros o vender televisores, para una enorme cantidad de cosas, se hace imprescindible llevar las mejillas y el mentón bien limpios de vello. Hay gentes que no necesitan pasar por el trámite, ya sea porque su oficio no implica una tal sumisión, ya sea porque carecen de oficio. Por lo demás, no todas las barbas son igualmente «reprochables». Es obvio que, a partir del glorioso invento de M. Gillette, la civilización occidental y cristiana se ha inclinado resueltamente por el afeitado sistemático o, al menos, asiduo. Pero queda un margen aceptable para las barbas cuidadas, patriarcales unas, coquetonas las más. El residuo juvenil o bohemio cae fuera de la cuenta...

La mención de M. Gillette no es ninguna broma. Esa trivial operación diaria de afeitarnos, por supuesto, tiene una historia muy larga y complicada. Pensemos lo que sería en tiempos de Tutanjamón, de Pericles, de Carlomagno o de Felipe el Hermoso: un riesgo de ser desollado vivo. Lo rudimentario de los instrumentos constituía una torva amenaza para cualquier carrillón, y no ha de sorprendernos la abundancia de barbudos en la iconografía remota. La aplicación del jabón ya fue un adelanto digno de general gratitud. De todos modos, el manejo de las navajas, «menos» antiguas, las propias de nuestros abuelos, todavía representaba un peligro cierto. Recuerdo que, en las peluquerías de mi pueblo, hace cuarenta años, colgaban de las paredes unos cromos chilonos, con escenas admonitorias: se veía en ellos un ciudadano dispuesto a afeitarse por sí solo, mediante la terrible navaja, y finalmente quedaba hecho un cecehomo, lleno de cortes y de sangre, a punto de degollarse. Naturalmente, aquellas láminas eran propaganda de los pobres barberos, para quienes la difusión del afeitado doméstico, del autoafeitado, venía a ser una competencia alarmante. M. Gillette aumentó la crisis barbera, pero redujo las amenazas sanguinolentas...

En las amables montañas de Xàtiva, cerca de Denia, se refugió, allá por los años 30, un grabador sulzo, Lambert de apellido, creo, y decidió erigir en el escuálido jardín de su chalet un monumento al «benefactor de la humanidad» más irrefutable. Al parecer, después de muchas cavilaciones, el artista se decidió por

Gillette. Y se comprende. Aparte el rasgo de humor que hubiese en el gesto, hay que reconocer que, entonces, aún no «existían» Fleming ni los restantes productores de fármacos redentores; y los que existían, no eran conocidos, porque la publicidad seguía siendo tímida en este ramo. De haber sido ahora, quizás el monumento divertido habría apuntado hacia el ingeniero de la máquina eléctrica de afeitar. Ignoro su nombre, y lo lamento: le rendiría aquí mi homenaje. Puestos a facilitar la maniobra matutina del rasurado, la máquina eléctrica no deja de ser una oportunidad afectuosa. Lo importante, en definitiva, es afeitarse lo más rápida y lo más cómodamente posible. Porque —confesémoslo— afeitarse cada día es una lata. Y es lógico que haya surgido una esplendorosa industria centrada en el particular: trebejos, pomadas, lociones, espumas, cremas... Los anuncios inevitables tienden a convencernos de que afeitarse es «caal» una delicia. No dudo de que lo sea, en muchas ocasiones. Pero ahora me estoy refiriendo al precepto tácito, e incluso expreso, de afeitarse cada día: la jornada de los adultos machos del género humano suele empezar por ahí.

Y es una lata, repito. Se cuenta del explorador Stanley que, mientras vagó perdido por la selva africana, nunca desolvió su afeitado ritual. De un súbdito de Su Graciosa Majestad Británica se puede esperar cualquier cosa, siempre: ésta, por ejemplo. Según el tópico, los Ingleses son «convencionales» por principio, y la circunspección de Stanley no ha de extrañarnos. Pero, en ámbitos menos formalistas, la cosa cambia. ¡Y tanto! En cuanto uno «puede», deja de afeitarse «un día». He observado cómo algunos amigos míos, de elevada calificación académica o empresarial, aprovechan el asueto del fin de semana para no afeitarse. Ese domingo —o sábado o domingo— excluido de la cátedra o del despacho no sólo es un descanso del ánimo, sino también de los sectores afeitables de la epidermis. Un día sin afeitado es como duplicar la vacación. En mi área natal, los labriegos se afeitan precisamente los sábados —van a la barbería, además— porque, para ellos, la fiesta dominical es su «convención»: la misa, el café, el paseo o la visita... Los habitantes de ciudad, si logran eludir las «relaciones», procuran no afeitarse. No lo logran con demasiada frecuencia, por descontento, y habitualmente se afeitan.

La verdad es que, mientras se es joven, un rato ante el espejo, una pasada de hoja o de máquina, un unto de líquido o de materia saponífera, no resultan demasiado onerosos. Y hasta se silba o se canturrea la melodía preferida, durante la manipulación. Quizá más de un lector me esté acusando de exagerado, al reflexionar sobre lo que voy diciendo. Sin embargo, la cosa se complica a partir de un cierto mo-

mento. No hace falta «sentirse viejo» para descubrir esta pequeña angustia. Basta entrar en la etapa de «maduro». Y entonces, afeitarse es un episodio que se convierte en algo más que en un inconveniente fatal: es todo un problema filosófico. Bueno: no un problema. ¿Problema? Pero filosofía no le falta. Se trata del tiempo. La palabra «tiempo», cuando se la sopesa en frío, es un enucluido de temores y ansiedades. ¿Qué es «el tiempo»? Los profesionales de la metafísica han escrito muchas páginas para precisar una definición. Todas me han parecido muy memorables, merecedoras de los máximos respetos «técnicos». Y lo mismo la solución «física»: se base en el reloj o en ecuaciones herméticas. Sólo que yo, y ustedes, tenemos a nuestro alcance una referencia permanente, matemática y clara del tiempo: la barba. Mientras dormimos, nos crece el pelo de la barba: eso es el tiempo. Eso es, cuando menos, nuestra más directa percepción del tiempo. No el reloj, ni la memoria, ni las arrugas de nuestra piel, ni el ver cómo nuestros hijos se disponen a entrar en quintas o comienzan a reproducirse, ni los progresos de nuestro reuma: la barba incansante...

Llega un momento en que uno se fija en eso: han pasado veinticuatro horas. O sea: hay que volver a afeitarse. El pelo de las mandíbulas y del bigote es como un «momento». Don Martín Heidegger solía afirmar, al no verro, que el hombre es un «ser para la muerte». Tanto como eso, no, ¡caramba! Puede que la fórmula de Heidegger no «suene» igual en alemán que en castellano, o que «para» sea una preposición más ambigua en alemán que en castellano. Al fin y al cabo, toda la filosofía oficial no es más que una cuestión de preposiciones mal traducidas de un idioma a otro —e incluso mal empleadas en el idioma propio—, la cosa arranca, cuando menos, de Aristóteles... No importa: «ser para la muerte» o «que hemos de morir, ya lo sabemos», y valga el verso jesuítico. Uno piensa en lo que le queda de vida, y lo reduce a número de afeitados. Hay que «ir afeitado» cada día. No hay más remedio. Pero «¿qué día pasa, any empeny»: un afeitado menos, es lo que llevamos ganado. Nuestros días son contados, ¡ay! «Carpe diem», recomendaba el cerdo de Horacio. Horacio, como ustedes saben, era un cerdo de la plara de Epicuro. «Carpe diem», sí. Una manera de aprovechar el eventual futuro que tenemos por delante consiste en dejar de afeitarnos un día, de vez en cuando. Será una pura ilusión del espíritu, sin duda. Pero la rasuradora —eléctrica o de tracción animal— es, sobre nuestra cara, un emblema de la guadafia que la Parca mitológica esgrime.

Mañana, claro está, tendré que afeitarme...

Joan FUSTER

LIBROS SOBRE LA MESA

LA VUELTA A LA RAIZ

...El recuerdo se va por mi memoria larga, removiendo con finos pies las hojas secas...
JUAN RAMON JIMENEZ

...ce que je dois à ma ville, à mes églises, à ma verdure sur ses rochers...
MAX JACOB

DE pronto, el corazón se pone a contar sus cosas; llega un momento en que el poeta siente la necesidad de volver a la raíz; de regresar al rincón de la infancia; de cerrar los ojos y recorrer los nítidos lugares adolescentes; de registrar los pequeños acontecimientos desencadenantes, ubicados en unos tiempos que a él mismo le parecían olvidados; de proceder al minucioso inventario de los seres perdidos para siempre; de repetir las antiguas palabras; de intentar el recuento de los objetos de entonces; todo ello porque resulta que nada, por dentro, ha cambiado; porque el poeta sigue siendo el muchacho de los ojos asombrados, de las voces sin nombre; el corazón necesita de pronto escribir su historia; el poeta emprende (en un momento cualquiera de su andanza espiritual) el viaje a la casa paterna, al lugar en que aprendió a darles nombres a las cosas; y se ocupa en enumerar gozosamente los de las flores, las hierbas, los ríos, los pueblos, los montes; y se encuentra con que la memoria es fiel, perfecta; con que todo, todo lo demás se repliega, aparta, cede el paso a lo que parecía envuelto en bruma; con que todo, en las manos, se le torna exacta precisión, emocionada minuciosidad; reconstruye el paisaje, y deja líricamente asentada la estructura de su existencia; necesitaba la rememoración, el homenaje; el regreso a las pequeñas fuentes; anotar sus memorias, reconstruir el diario íntimo, porque le faltaba la indagación de lo que debe a sus lugares («...ce que je dois à ma ville, à mes églises, à ma verdure sur ses rochers...»); se ha dado cuenta, con Rilke, de que «toda mi infancia está en torno mío».

Todo eso, poco más o menos, ando pensando al terminar la lectura del libro «Hay un valle en mi infancia», del padre Juan Bautista Bertrán; de él, mientras lo estaba escribiendo, me hablaba ilusionadamente el poeta en nuestro diálogo de hará, día más día menos, un par de años, y, precisamente, al preguntarle yo, para darle una pauta cronológica a la conversación, el lugar de su nacimiento: San Juan de las Abadesas; de allí salió el muchacho, a los quince años siguiendo los caminos que su vocación religiosa le pautaba. Mi pregunta resultaba significativamente provechosa, porque del puro nombre de la población en que naciera salía una sincera confianza, mejor, una meditada atribución al paisaje de la infancia de su evidente sentido de la naturaleza —siempre presente en sus libros—; aquel paisaje en apariencia borrado por sus largos viajes, al que volvería cumplidos los treinta años, al que ahora vuelve con este libro, que ha querido editar, como cosa suya, bien suya, el Ayuntamiento de San Juan de las Abadesas.

En este libro, el monólogo lleno de esperanza que su poesía es, especie de salmo a las cosas del mundo —diorama con Dios al fondo—, se hace recuento melancólico de los años primeros y cántico del paisaje; desde la madurez, a las lejanas primavera, tan llenas de incierto futuro:

...Desde el otoño ver la primavera,
de las sombras que bajan, ya moradas
de las luces maduras, asomarse
al primer valle...

El valle que hay en su infancia, que describe con la gozosa enumeración vegetal:

...Pinos perennes y álamos cambiantes
Encinares, hayedos y robledos
retamar y pradera...

Y, desde los inicios, a cada paso, las noticias de la, entonces, breve biografía:

...días de caza con mi padre, amigos
suyos, fuente, merienda...

O la tímida pequeñez sentida en la enorme sala de la escuela; los niños viven sus secretas tristezas debido al gigantesco mundo que les rodea:

...Era grande la sala. Se sentía
mi timidez perdida en aquel ámbito.
La tarde devolvía mi estatura
al regreso de casa con mi madre...

La memoria, la fiel memoria para las perdidas cosas de entonces; para la casa, la raíz:

...Podría, a ciegas, recorrerla toda:
recibidor del cuadro con paisaje...

...esta puerta, a la izquierda, que da al cuarto
de mis miedos de noche...

Para la feria; o la fiesta del árbol; para el tren oído entre sueños:

...Aquel silbar del tren, allá en la altura
de la estación lejana,
oído de la cama, en duermevela...

Y el día, la hora llena del misterio de la llamada, de la vocación, «un día de luz cierta»; el día crucial, definitivo, de este excelente poeta que es el padre Juan Bautista Bertrán, en quien la experiencia poética y la religiosa confluyen de una humanísima manera impalpable: la canción de los bienes del mundo es, a un tiempo, himno a lo divino; este poeta que nos ha hecho volver a pisar —remover— «con finos pies las hojas secas» del reino perdido.

José CRUSET

¿Por qué es JB un WHISKY excepcional?

J&B

Porque su famosa transparencia y su asombrosa suavidad se obtiene con las más costosas mallas de Highlands (Escocia) seleccionadas exclusivamente para su elaboración. JB es agradablemente suave... sutil, pero vigorosamente fuerte.

Como es lógico, un whisky excepcional, cuesta un poco más

Representantes exclusivos para España: **GECEPSA**
Av. José Antonio, 14 - Madrid-14

Distribuidor para Cataluña: **JULIAN VIDAL OLIVELLA**
Balmes, 149 Tels.: 217 20 67 y 228 90 39 Barcelona-8



DONDE HAY UN TORNO DEBE HABER UN MOLETEADOR "QUICK"

para obtener un tresado perfecto y más económico. De engranajes frontales, y de toda clase de grallados rectos, en rombo o en cruz.



Solicite más información a EMIX, S. A.
Rosellón, 96 - Telef. 239 43 01-02 - Barcelona

Nombre _____
Dirección _____
Ciudad _____

EUROPICCOLA

Ideal para regalos y listas de boda



● Eléctrica
● Rápida
● Altamente económica
● Capacidad: 10 cafés

DE VENTA EN TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS DEL RAMO

Antonio Matachana, s.a.